

insigne escritor), vagoroso tropel de alguaciles, estoques y alabardas cercando casas de próceres y ministros, ó llevándolos por las calles públicas en la mitad del día, alternaron con las fiestas y vítores de un pueblo que saludaba el sol de un nuevo reinado.» (442)

Sucesos en mayor número adversos que prósperos le aguardaban, según se iban extinguendo los hombres del antiguo valor é hidalguía, y se levantaban del lodo traidores, ineptos, desvergonzados y audaces. Seis veces los ejércitos de Felipe IV, defensores de la religion católica, fueron á salvar en Alemania á la casa de Austria, que estuvo para declinar y desaparecer de entre las naciones de Europa. Ni un solo momento descansaron nuestras armas desde que el Rey niño ciñó la diadema, y contra España se conjuró la envidia y los celos de casi todos los reyes, potencias y repúblicas del mundo, solicitados por la intriga francesa. Catorce años de guerra solapada llevaba con nosotros el Rey Cristianísimo, cuñado del Rey Católico, el día que en 1635 la declaró paladinamente, y á banderas desplegadas corrieron sus huestes asoladoras á deshacer nuestros tercios de Flándes, y sus maléficos agentes á sublevar nuestros pueblos portugueses y catalanes, hasta entónces leales y pacíficos. El esfuerzo español había rechazado las

armas de Inglaterra en Cádiz; las de Francia y Saboya, en la ribera de Génova y en la Valtelina; las de Dinamarca, en Lutra; las de Orange, en Flándes; las de Suecia, en Lützen; la traicion de Wolstein, en Egra; y las del orbe todo, en todos sus confines. Pero cuando comenzó de nuevo una sangrienta guerra en Italia, en Bélgica, en Alemania, en Oriente, y el fuego llegó á Languedoc y á Navarra, y prendió la furiosa llama en las campiñas españolas, no extinguiéndose ni con la victoria de Fuenterrabía, ni con la toma de Salsas; la ruina del imperio español fué inevitable, porque Portugal y Cataluña se levantaron negando la obediencia á su legítimo Rey, declarándose independiente aquella provincia, y entregándose ésta, loca y miseramente, al Rey de Francia. (443)

ALARCON tuvo la suerte de morir pocos meses antes que en la Península estallase la guerra civil y fratricida que dió el triunfo á los enemigos de nuestra patria, destruyendo la obra magnífica de su grandeza, levantada por alto valor y acrisolada fe á orillas del Genil, en Otumba y Pavía, en San Quintin y Lepanto.

Pero volvamos al año de 1621, cuando á 7 de Abril estrenó la venganza de Olivares D. Pedro Tellez Giron, duque de Osuna, conde de Ureña, aquel por quien la musa de Quevedo rompió